

LA MONETIZACIÓN DEL MASOQUISMO

The Monetization of Masochism

MARTIN SHUSTER*

Es tarde, muy tarde. Sigues mirando Facebook/YouTube/Instagram/TikTok. Te duele la espalda, tu cuello te molesta, estás agotado. Tienes la sensación de que no has conseguido nada. De hecho, ¿dónde han ido a parar los minutos, las horas? (Por supuesto, sabes dónde). Entonces algo capta tu mirada. Mueves el ratón, haces click. Mueves el ratón, haces click. Lo repites. Quieres parar, pero no lo haces. No puedes.

Se han inventado términos –*doomsurfing*, *streaming* infinito, *scrolling* sin sentido–, pero no logran captar todo lo que se muestra aquí, pues lo que se muestra aquí es de hecho toda nuestra forma de vida. En buena medida tendemos a pensar sobre el auge de las redes sociales, con todas sus cualidades adictivas, en términos moralistas. No lograr contener el uso de las redes sociales más allá de unos límites normales sería una especie de fracaso moral. Pero, ¿cuáles serían hoy sus límites normales? Nos culpamos o culpamos a las grandes corporaciones que están detrás de estas plataformas. Pero, ¿y si el fracaso en cuestión es un fracaso más profundo del orden social en su conjunto?

Está claro que hay fuerzas económicas que se despliegan para captar y mantener nuestra atención. Como señala la teórica social Shoshana Zuboff, antes que ser el producto de esta economía, somos el *objeto* del que se extrae el beneficio: nuestra participación e interacción con el contenido de las plataformas online y los datos que pueden extraerse de ellas crean riqueza para la nueva clase multimillonaria. Zuboff lo denomina “excedente de comportamiento”, donde los datos que rodean lo que miramos en internet –qué nos atrae, cuándo, con qué velocidad, en qué medida, sobre qué temas, en relación con qué historias, visto desde qué lugares, etc.– son precisamente lo que está siendo monetizado.

Pero también hay poderosas corrientes psicoanalíticas que subyacen a este modelo económico. Psicólogos de distintas corrientes han llamado la atención sobre el fenómeno del masoquismo, que glosó en primera instancia como la idea de que hay configuraciones psíquicas o patologías que pueden hacer que busquemos y obtengamos placer a partir del sufrimiento. Se trata de una especie de afirmación

* University of North Carolina at Charlotte (USA).

de “segundo orden” sobre nuestras acciones; es posible que hagamos una cosa determinada porque tenemos un compromiso más amplio o nos sentimos atraídos hacia otra cosa. De modo que el masoquismo puede estar a la base de una serie de acciones.

Me gustaría sugerir que el masoquismo es lo que mejor explica cómo y por qué usamos las redes sociales. Obsérvese que, a diferencia de las explicaciones psicológicas habituales sobre los refuerzos positivos asociados a las redes sociales o sobre los fundamentos neurofisiológicos de los mismos (como en el efecto Zeigarnik o el efecto Ovsiankina), el masoquismo es una explicación más profunda que permite contextualizar los afectos situándolos en el seno de corrientes sociales más amplias. En la medida en que nuestros placeres y desagrados son sociales e históricos, el masoquismo es un reflejo de nuestra sociedad, de nuestra forma de vida.

En la literatura académica sobre el masoquismo hay dos grandes corrientes. Por una parte, el masoquismo se interpreta como algo que se origina en algún tipo de pulsión humana básica. Así, por ejemplo, en ocasiones Sigmund Freud concibió el masoquismo como el producto de una pulsión agresiva que, por distintas vías psicoanalíticas, termina por volverse contra sí misma. Según esto, el masoquismo se originaría en una pulsión sexual básica que puede satisfacerse de diferentes maneras. Por otro lado, Alfred Adler, que al principio fue un colega y luego un crítico de Freud, sostuvo que lo que mejor explica el masoquismo es un deseo de poder debido a sentimientos de inferioridad o impotencia. El placer que se obtiene al hacerse sufrir satisface de un plumazo el sentimiento de inferioridad y el deseo de poder concomitante. Desde esta perspectiva, el masoquismo es algo enteramente racional (incluso aunque sea inconsciente), y lo es doblemente en aquellos contextos en los que un agente ha sido desempoderado.

Reflexionar sobre la racionalidad o irracionalidad del masoquismo plantea cuestiones interesantes sobre la relación entre teoría psicoanalítica y sociedad. Si el masoquismo es efectivamente una respuesta racional a ciertas configuraciones sociales, entonces una cierta patología psíquica puede estar de hecho causada por el modo en que hemos configurado el mundo que nos rodea. Esta idea suscitó mucho interés en el marco de la Escuela de Fráncfort, un conjunto de intelectuales de principios del siglo XX, en su mayoría de origen judeo-alemán, que tuvieron que huir de la ofensiva nazi e inventaron la noción de “teoría crítica”, que sigue dando tanto que hablar. Su proyecto podría entenderse como un intento de sintetizar a

Marx y Freud para generar una conciencia crítica unificada de la sociedad contemporánea.

Erich Fromm, uno de los primeros miembros del grupo, señaló que el carácter masoquista es un tipo de carácter que se produce en la sociedad moderna por las experiencias de impotencia y precariedad que genera el capitalismo. El masoquismo sería así el subproducto psicológico de una cultura que pone por delante la individualidad ruda, incluso si florece en condiciones que en último término son de impotencia. Se trata de una variación de la posición de Adler, pero con una pequeña modificación: los problemas asociados con el capitalismo –su competitividad y las formas de escasez asociadas a ella– se “resuelven” a través del sufrimiento. A través de la agonía, afirmo mi poder incluso cuando reconozco mi impotencia. Sin embargo, Fromm subrayaba que los placeres que esto ofrecía habían de ser ilusorios, efímeros: el ciclo comienza de nuevo una y otra vez, pues el incremento del ego es también su destrucción.

Theodor W. Adorno, tal vez el miembro más conocido de la Escuela de Frankfurt, detectó en esta comprensión del masoquismo por parte de Fromm un conformismo que resultaba problemático. Al concebir el masoquismo como una respuesta racional a las patologías del capitalismo avanzado, Fromm y otros supuestamente reificaban las estructuras sociales, dotándolas de una apariencia ilusoria de permanencia. Adorno consideraba que era un error considerar el masoquismo como una respuesta racional, y que eso extirpaba al psicoanálisis su potencial crítico. En su opinión, la concepción básica del masoquismo en Fromm no era incorrecta: sin duda el capitalismo produce condiciones en las que nuestra impotencia puede llevarnos a obtener placer a partir de nuestra destrucción. Esto puede llegar al extremo de que sea posible decir que busquemos una aniquilación total de nuestro yo, abriendo la lúgubre posibilidad de que para evitar esa destrucción estemos dispuestos a sustituir nuestro propio yo por uno externo –por una autoridad externa–. (No es casual que algunas de las contribuciones más agudas de Fromm a la teoría crítica fueran escritos sobre la autoridad.) Sin embargo, una teoría adecuada del capitalismo exige reconocer que el yo es una conquista histórica, y de ninguna manera una garantía.

En este punto, Adorno está siguiendo a Freud, para el que el yo era una conquista (en sus palabras: “una organización coherente de los procesos mentales). La conciencia moderna –una conciencia que se concibe a sí misma como autónoma, libre, individual, única, etc.– no ha existido siempre. Es un subproducto de un lar-

go proceso de evolución que incluye el desencantamiento del mundo, la concomitante merma de la autoridad religiosa, la consolidación de la economía de mercado, el decaimiento del feudalismo, etc. Los detalles aquí serían seguramente muy prolijos. Lo importante es que cualquier logro de estas características podría perderse o revelarse transitorio, como una estación de paso hacia otra cosa. Esta idea cautivó y preocupó a Adorno, especialmente la noción de que la sociedad contemporánea podría estar produciendo condiciones en las que las conquistas de la conciencia moderna podrían volverse imposibles. Eso llevó a Adorno a hablar del “horror del abismo del yo”, un horror central para comprender la monetización del masoquismo que implican las redes sociales contemporáneas.

Para entender este punto hay que tener en cuenta que, cuando Freud hablaba de pulsiones biológicas, eso le llevaba a menudo a ignorar las condiciones sociales e históricas, puesto que las pulsiones existen en cada uno de nosotros independientemente de dichas condiciones. Por eso a menudo se ha considerado a Freud como un autor políticamente conservador, y sus herederos liberales han intentado mostrar cómo nuestras pulsiones, de hecho, han sido producidas históricamente. Adorno y otros miembros de la Escuela de Fráncfort tomaron un camino distinto. Coincidían con Freud en que las pulsiones eran ahistóricas y, precisamente porque tenían un punto de apoyo fuera de la historia, Adorno creía que podían servir como una especie de barómetro del momento presente. Poner las pulsiones en el punto de mira podía revelar cómo el intento de satisfacerlas podía volverse patológico en determinadas condiciones sociales. (Ese es, en muchos sentidos, el gran tema del memorable libro *Minima moralia*, que muestra a cada paso cómo la sociedad contemporánea –incluso en la búsqueda de nuestras necesidades más básicas, como por ejemplo tener una casa– altera estas pulsiones básicas). Desde este punto de vista, por ejemplo, el famoso complejo de Edipo de Freud podría entenderse, no como un rasgo fundamental de la experiencia humana, sino más bien como una acusación a la familia nuclear burguesa, y Freud podría entonces emplearse para propósitos feministas (una táctica que Juliet Mitchell ha seguido en su famosa obra, *Psychoanalysis and Feminism*).

Para Adorno, precisamente porque las pulsiones biológicas básicas estaban –al menos en parte– al margen de toda historia particular, estaban en condiciones de revelar los fracasos de un periodo histórico o una configuración social. Como le gustaba decir: “el dolor dice: pasa”. En otras palabras, el impulso a la felicidad que se expresa en la idea de que algo no está bien en la actualidad –aunque no esté

totalmente formado, o aunque no sea aún capaz de expresarse, por ejemplo en movimientos sociales emergentes- siempre señala más allá de lo meramente fáctico. Esa pulsión apunta más allá del presente, hacia un futuro en el que esos males puedan no existir. Los ideales utópicos pueden anclar nuestra crítica de la sociedad presente. Pensemos en el famoso discurso de Martin Luther King, “Tengo un sueño”, o en la visión del Libro de Isaías cuando las espadas se convierten en arados. Estas demandas se apoyan en impulsos básicos.

La monetización del masoquismo puede entenderse como algo íntimamente relacionado con la constitución de esos impulsos. Cuando hago correr por la pantalla el *feed* de novedades de Facebook, mi agencia y mi mundo son únicamente ese *feed*, donde mis opciones están siempre estrechamente circunscritas (desde “me gusta” hasta “enfadado”, pasando por “comentar”, “bloquear”, etc.). Los impulsos más allá de estas opciones me están vedados por diseño. Las relaciones dentro de las redes sociales se eluden y se homogeneizan, por mucho que se las considere únicas o individuales. El *feed* de novedades está cotejado; es una especie de jaula, aunque sea una jaula supuestamente personalizada.

Aunque sea “nuestro”, el *feed* de novedades nunca está fijado por nosotros. Ninguno de los algoritmos que nos procesan en las redes sociales lo está. Su origen no es otro que el afán de beneficio. Por eso no está fuera de lugar hablar aquí de una analogía con el destino. En palabras de la teórica de los datos Colin Koopman, estoy atado a mi *feed*, al igual que tú. Y esa sujeción, en la medida en que se produce bajo el signo de la búsqueda de beneficios, tiene un imperativo: excitarte, hacer que vuelvas a por más, ya sea para hacerte reír o para hacerte llorar. Después de todo, tú eres la fuente de los beneficios, pero el único tú que existe es el *tú* que han creado esos beneficios.

Existe, por tanto, una clara economía psicoanalítica, un término que los teóricos emplean para captar la interacción entre las pulsiones: se acaricia nuestro ego (llámese rasgo narcisista: estos son *tu feed*, *tus likes*, *tus deseos*) incluso cuando se lo descarta y se convierte en un objeto. Facebook o Instagram son los que tienen el control: sigue recorriendo arriba y abajo la información del *feed* y podrás obtener más de *ti*. Pero no eres nada más que lo que el algoritmo dice que eres.

Mientras que el beneficio es la característica objetiva del algoritmo (lo que es), su rasgo subjetivo fundamental es el masoquismo (*cómo* se experimenta). Permite hinchar el ego (aquí está el contenido que eres tú), al mismo tiempo que desinfla y destruye el ego (solo eres lo que *nosotros* decimos que eres; solo eres nuestros bene-

ficios). Todo se nivela, se vuelve conmensurable, se homogeneiza, dando crédito a la mentira de que todo es conmensurable. Respondes al último anuncio de ropa interior o a un divertido video de gatos del mismo modo que respondes a la muerte de un amigo o a las protestas de los oprimidos. Llegar a ser quien eres implica reconocer que no eres sino lo que las redes sociales dicen que eres.

En un lúgubre reflejo, las cosas no están mucho mejor cuando te desconectas: el autoritarismo está en alza, la democracia en declive, y la precariedad económica es la norma. Nuestra impotencia es omnipresente, y no es casual que la estrella de las redes sociales haya surgido en un mundo así. Nuestro placer y nuestra agonía, que a veces se funden en una y la misma cosa, revelan hasta qué punto las redes sociales nos dan el poder que anhelamos, incluso cuando nos muestran nuestra impotencia. Aquí, como señalaba Adorno, apenas se puede decir que exista el yo.

Sin un giro hacia una democracia genuina, que requiere una confrontación con el capitalismo tardío, las redes sociales cumplen una función importante, como una especie de representante tanto de nuestra impotencia como de nuestro deseo de poder. Sorprendentemente, la forma de las redes sociales como un fenómeno de masas es tal que parece imitar la posibilidad de un giro genuino hacia la democracia. Pero hasta esa confrontación, hasta ese giro, todos nosotros seguiremos siendo masoquistas.

Traducción del inglés: Jordi Maiso